

FR. GERUNDIO.

LA NIEVE.

Era un horror lo que nevaba. Parecía que nevaba de apuesta. En fin ¡llovía nieve, y no puede decirse mas. Cada copo era como porra de baston de tambor mayor. Los borrachos decian: «Si permitiera María Santísima que los copos se volvieran copas.....!» Los confiteros exclamaban: «¡que no os volviérais esponjados de azucar y cayérais todos en mi tienda, mas que me costara destechar la casa.....!» Los cafeteros y botilleros y demas gente que vive de enfriar el estómago del prógimo, hubieran deseado que se llevára nevando cuarenta dias con cuarenta noches, y que la nieve hubiera durado congelada en la plaza de Ma-

duró mes y medio, como duró en la plaza de Roma el año 432, siendo cónsules Genusio Clepsina y Cornelio Blasia, segun cuenta la historia, que si la historia no lo contára, tampoco lo contaría yo.

Decia Toreno: «¿es posible que todos han de ser copos de nieve los que caen? ¿Cuándo será el día que nieven medios pesos, aunque costára el trabajo de resellarlos otra vez?» Esto no lo cuenta la historia, pero lo dicta la razon natural junto con los antecedentes del sugeto. El hermano Arrazola... y no estrañen vds. que mi Paternidad ponga á mi paisano Arrazola tan cerca de Toreno, pues por mas que él haya querido colocarse á larga distancia del condé, «la tenacidad de Arrazola, dice éste, está preparando el triunfo de mi partido, con que siga enhorabuena Arrazola:» este dicho ni lo refiere la historia, ni me lo ha dictado la recta razon, sino que se lo ha oido á él mismo uno de los agentes de mi policia secreta, que hasta ahora no me ha engañado nunca. Decia pues Arrazola: «si pudiera yo á fuerza de sutilezas hacer ver que estos copos de nieve que tanto menudean eran votos en favor del ministerio, y felicitaciones por la disolucion.....?» Y Perez de Castro aterido de frio y retentado de la tos esclamaba: «¡caramba y qué crudo se va presentando el invierno este! Si no fuera por el ministerio y la cama no sé quién diablos le habia de poder resistir. No falta mas sino que dure tanto como el de 1785. ¡Qué invierno aquel! ¡Qué frios se pasaron aquel año

en París! Razon tiene Mr. Maret en lo que dice en su historia *meteo-ro-noso-logica*; y eso que el de 1788 no fué rana tampoco; ¡caramba! que estuvo el termómetro del Observatorio á 18½ grados! Júmm, júmm....., echa ropa, muchacha.

S. Millan y Calderon Collantes no sentian siao que los copos no fuesen destinos para poder contentar á todos sus parientes, amigos y bienhechores y no que con unos pocos centeaeres que ha dado cada uno ya se les murmura, y no han tenido para principiar. Los soldados decian: «¡la maldicion de S. Pedro.....!» Esta maldicion de S. Pedro al soldado tiene dos partes: una es: «no caminarás sin agua ó sin nieve:» la otra: «todos comerán á cuenta de tu miserable rancho.» Cuya maldicion refieren ellos que se la echó S. Pedro en pena del mal tratamiento que le dieron los soldados en un alojamiento cuando el Sto. apostol andaba con Cristo por el mundo. Y en efecto que S. Pedro ha llevado á cabo su maldicion, pues rara será la marcha que haga el pobre soldado sin agua ó sin nieve; y así cuando ven declararse contra ellos algun elemento, luego esclaman: «¡la maldicion de S. Pedro.....!!!» Sin perjuicio de acompañar la esclamacion con otras interjecciones que todos saben y Fr. Gerundio no puede escribir.

Era pues el sábado uno de aquellos dias en que nadie dá la cara á nadie por la calle; en que todo el mundo encubre su rostro y en que cada

hombre parece un conspirador, pero sin mas objeto que librarse de que á un copo de nieve se le entoje baser de la punta de su nariz un ministro Arrazola, es decir, un cuerpo disolvente; y en la verdad que á nadie le gusta disolver nieve con la punta de las narices. Era el dia destinado por la Iglesia para la publicacion de la Bula de la Cruzada: yo creí que se suspendería la publicacion, pero los buleros iban muy campantes dasafiando el temporal, y luciendo sus entorchados y guirriodolas, sin hacerse cargo que siendo imposible que dejara la Bula de mojarse, estaban dando pretesto á los impios para que dijeran que era un papel mojado.

Era uno de aquellos dias que antiguamente se dedicaban á visitar monjas, cuando éstas, como dice Tirabeque, daban almendras y otros frutos de buen paladar; y de aquellos que antes del ministerio Mendizabal era costumbre en los pueblos ir á pasear al claustro del convento, donde se ventilaban detenidamente las noticias, y despues de hablar de cada diputado de los que suelen hacer uso de la palabra, del mérito respectivo de cada periódico, y nombres de los redactores conocidos, dando despues de todo esto un par de tizeretadas á la honra del pobre convecino que no se hallase presente, concluian con acordar una partida de malilla ó rocambor á ochavo en casa del escribano para matar las primeras horas de la noche, ya que no se conviniese tambien en ir deduciendo

un tanto por cada sólo, estucha, ó volterota; para pagar el chocolate á fin de no perjudicar la casa en que se tenia la reunion; que de todo esto sé ya que suele haber en los pueblos.

Sin embargo de tan continuo nevar el susodicho dia, en Madrid solo cuajó en los tejados, no en el suelo ó piso. La nieve en estas grandes poblaciones es como la candidez que representa su color: ó se queda de tejas arriba, allá entre los ángeles y los bienaventurados, ó si entra, se disuelve al instante. Ni la nieve ni las virtudes suelen cuajar en las capitales de este órden. Pero duró, repito, algun tiempo en los tejados, y por cierto que llamó mucho mi gerundiana atencion el ver como vi desde la celda asomar á la boardilla de enfrente una mujer acartonada y enjuta, que alargando un brazo tomó con la mano varias manadas de nieve, y llevándolas á la boca se las iba engullendo con el mismo gusto al parecer con que nos refieren los sagrados libros que tomaban los israelitas el maná del desierto. No pude reprimir mi natural curiosidad, y abriendo una vidriera me tomé la libertad de rogarla me explicára aquel fenómeno, puesto que yo no habia visto comer nieve sino á los chiquillos; á que me contestó que era una viuda con pensión por el estado, y que allí no habia mas fenómeno sino que hacia dias que no entraba en su cuerpo cosa sólida, y aprovechaba la ocasion de proporcionarle la naturaleza aquel alimento *gratis*.

Decíame Tirabeque; Señor la nieve esta es blanca como un Belarmino.—Como un armiño quieras decir, hombre. Pero la noticia no deja de ser curiosa de todos modos: lo primero, que la nieve no tiene término de comparacion en la blancura, porque es ella el tipo de la blancura misma; y lo segundo, que no sé yo qué novedad ofrece á nadie la noticia de que esta nieve es muy blanca, puesto que creo muy bien que siempre la habrás visto del mismo color, y supongo que tu no habrás estado en el hemisferio boreal ni en el austral, ni habrás viajado por la bahía de Bassin ó por la Nueva-Zelanda, donde cuentan los navegantes que la nieve es de color rubicundo por causas que ahora no me detendré á esplicarte.—Señor, yo no he visto mas nieve que la de España, ni quisiera ver otra tampoco, porque tengo para mí que esas tierras donde la nieve es rubicunda no deben ser buenas tierras para vivir. Y tambien es cierto que toda la nieve que he visto en mi vida era tan blanca como esta; y por eso no lo daba yo por noticia, sino que no me dejó vd. concluir.

Vaya, pues esplicate, hombre.—Señor, queria decir que esta nieve que á vd. le parece blanca y á mí tambien, y creo que á todo el mundo, me atrevu yo apostar á que habia quien defendiera que era negra como la pez.—Calla, calla, majadero; ¿quién habia de defender un contra-sentido como ese?—¿Quién, señor? No tenia vd. mas que juntar á los retrógrados y los progresistas en una

justa, y si los unos decían que esta nieve era blanca, decía vd. cómo decían los otros que era tieta, y que si les parecía blanca, era porque querían la anarquía ó porque pretendían volver al estatuto. —Anda, anda, marrullero que tienes mas conchas que esclavina de peregrino.

Sin embargo del frío, y de lo nevoso, lodoso y engorroso del día, tanto que no dejó de retraer á varios estudiantes de ir á la Universidad, bien es verdad que la culpa la tiene quien discurrió colocar la Universidad de Madrid donde ya no es Madrid, y donde cada escolástico necesitaba un coche para ir en el invierno, aunque tambien es verdad que algunos catedráticos no los meten mucho en calor para la puntual asistencia, y al cabo habiendo dado principio al curso mas de un mes despues de abierta la matrícula, donde se fueren treinta y seis dias bien pueden irse treinta y siete, que para aprender tiempo hay, y lo que dijo Hipócrates del *arte larga y la vida breve* fue un decir por decir... decía yo Fr. Gerundio (si es que puedo atinar ya dónde iba), que á pesar del frío que hacia, el patriotismo de nuestros patriotas no por eso se resfriaba, porque el patriotismo de los coetáneos de Fr. Gerundio, especialmente en tiempo de elecciones, es el reverso del amianto, que así como el amianto es incombustible, el patriotismo de mis paisanos es incalifiable, no hay nieve capaz de apagarle ni aun de entibiarle: ni aunque se desgajara sobre ellos toda la del mu-

te de S. Bernardo bastaria para enfriar los Etnas de sus pechos. Asi es que nunca se vió mas calor para juntarse y rejuntarse unos contra otros con el fin de salvar la patria cada uno por su lado.

Y NO PUEDO MAS POR HOY.

Aqui, amado público mio, tengo que pasar por el amargo sentimiento de decirte que no puedo mas por hoy, que desgraciadamente no me lo permite el estado de mi salud. Dias ha que estoy haciendo el sacrificio de escribir las capilladas contra el dictámen y aun el precepto del facultativo; sacrificio que tu tienes sobradamente merecido, y que por lo tanto yo le hacia gustoso, aun á costa de mi salud. Hoy el médico se ha revestido de todo el caracter imponente y serio de un Averroes y ha llegado hasta a quitarme la pluma de la mano, no sin que á escondidas suyas llevase ya escrita esa media capillada: pero me sorprendió, y no ha habido remedio sino ceder, porque en este estado un médico es un autócrata, y el pobre enfermo un esclavo cuyos derechos ó se desconocen ó se pierden. Quizá el público me haga el honor de sentir algo esta falta, ya por sí misma, ya por la causa que la produce: yo aseguro al hermano público que la siento mas que todos juntos por mil razones que todos alcanzarán, y sentiré mas si acaso no pudiese dar alguna de las siguientes capilladas. Pienso que Dios mediante no llegará este caso, y si los hermanos suscritores lo sintiesen, suplicales dirijan cada uno una breve oracion á Dios, ó se den un ligero pellizco por la salud de Fr. Gerundio.